

Vicente Blasco Ibáñez
TODOS CONTRA LOS CARLISTAS
(*El Pueblo*, 3-11-1900; *El Motín*, 17-11-1900)

No son las guerras carlistas únicamente por cuestión dinástica. Por el hecho de que la persona que ocupaba el trono se llamase Isabel o Carlos Isidro no pelearon nuestros abuelos, como tampoco lucharemos ahora porque sea Alfonso o Carlos. Es algo más hondo y más grave: es el duelo entre el régimen liberal y el régimen despótico que terminó hace cerca de un siglo en toda Europa, y aquí, para vergüenza de España, todavía continúa.

Mal estamos en la situación presente con el régimen liberal falsificado y todos los derechos políticos en plena mistificación. Ningún periódico ha protestado contra la farsa constitucional con más fuerza y claridad que *El Pueblo*; pero es que aun siendo esto tan malo ¿puede compararse ni remotamente con la España regida por el carlismo triunfante?

Don Carlos rey, con su corte de cabecillas cerriles y de frailes montaraces, ¿permitiría la publicación de periódicos republicanos como hoy se permite? ¿Consentiría la aparición de libros sin ser revisados por la censura eclesiástica armada de todos los poderes de la antigua Inquisición? ¿Toleraría las escuelas de artesanos, las escuelas laicas y todos los centros de enseñanza que hoy existen emancipados del clericalismo?... ¡Qué había de permitir!

Malo es el militarismo de hoy, ¿pero cómo sería el de mañana si don Carlos triunfase y formara la oficialidad de su ejército con los rústicos feroces que capitanean sus partidas, con los borrachines que le aclaman porque en la guerra ven un medio de seguir trampeando sin trabajar, o con los fanáticos de buena conducta, pero temibles como animales dañinos, por su estrechez de criterio? Las autoridades de la actual dinastía han sido y son muchas veces injustas y atrabiliarias, ¿pero cómo viviríamos, por ejemplo, en Valencia el día en que fuese capitán general algún patán del Maestrazgo, elevado a la suprema jerarquía en fuerza de incendiar pueblos y fusilar liberales, y corregidor de la ciudad cualquier mayoral de cofradía con su consejo de frailes y su policía de antiguos guerrilleros habituados por varios años de guerra al saqueo de casas y limpia de gallineros?

Repugnante es el presente, pero mil veces peor sería el porvenir si dejásemos tomar incremento al carlismo.

Eso de que a los republicanos no debe importarnos la sublevación carlista y hemos de contemplarla con los brazos cruzados, es una graciosa teoría.

¡Con los brazos cruzados! Eso podría hacerse si los partidarios de las actuales instituciones fuesen en persona a combatir a los carlistas.

¿Pero quién los combate? El ejército. ¿Y qué es el ejército? Una parte del pueblo armado, pues de las masas obreras se extraen los soldados, y al pueblo pertenecen también los oficiales desde que, con la muerte del absolutismo, no se necesitan cuarteles de nobleza para ceñir una espada, sino valor e inteligencia. Y siendo una parte del pueblo la que ha de derramar su sangre para vencer por tercera vez al carlismo, ¿hemos de permanecer los republicanos, el gran partido popular, indiferentes, o cuando más, en actitud expectante ante el peligro absolutista?

¡Cruzados de brazos! Hermoso consejo para los que vivimos dentro de grandes ciudades a donde no llega el peligro y la molestia. Pero las partidas carlistas no van por las nubes ni se alimentan del aire; no; van por los pueblos y necesitan raciones, y a nuestros hermanos de los campos, lo mismo republicanos que liberales, a todos los que en las pequeñas poblaciones son enemigos de don Carlos, les hará muy poca gracia esa recomendación de que contemplemos indiferentes el paso de la horda que crece por momentos ayudada por la general pasividad, y saca raciones, suelta palizas, se lleva cuanto dinero encuentra como tributo para su rey y hace imposible la vida fuera de la capital de la provincia.

Admiro los altos y serenos espíritus que, conocedores sin duda de las secretas combinaciones del porvenir, recomiendan la neutralidad ante el carlismo. Yo, más vulgar y de pasiones más pequeñas, declaro que la cansa carlista me irrita y enardece hasta el punto de olvidar las consideraciones de humanidad. Republicano de toda mi vida, llegado a la República directamente sin haber descansado en la deliciosa calma de ningún oasis monárquico, cuando veo alzarse el carlismo en armas, me siento unido con una corriente de solidaridad con todos los que le combatan, sean quienes sean y llámense como se llamen. Pienso en los fusilados de Bechí, en los martirizados de Segorbe, en los carabineros acuchillados por Savalls, en las mujeres violadas en Cuenca, en los ancianos arrojados en la Sima de Igúzquiza, en los miles de soldados amontonados para siempre en las entrañas del Maestrazgo, de la alta Cataluña y del Norte; en todos los crímenes que formaron la tétrica leyenda de la pasada guerra y que estremecían de espanto a los de aquella generación que entonces abríamos los ojos a la vida; y creo que desde el conservador al anarquista, todos los que comulgamos con más

o menos amplitud en el gran principio de la libertad humana y en los derechos del hombre, debemos combatir al carlismo, que no es un partido político; es la gran sarna nacional que todavía nos excita con sus punzadas como producto de tres siglos de absolutismo y de intolerancia que han envenenado nuestra sangre.

Lo repito: el carlismo no es un partido; es una calamidad nacional; la válvula por donde se escapa y expansiona la criminalidad española. Personas honradas existen entre los carlistas; esto nada tiene de extraño, pues en todas partes las hay. Pero no conozco ni un solo hecho noble y generoso de los carlistas en armas. En cambio su historia es una serie de asesinatos, incendios y crímenes de todas clases.

Suya es la culpa del atraso de España. En la guerra no prosperan los pueblos, y los carlistas, entre períodos de lucha y períodos de conspiración y amenaza que tienen a la nación en perpetua alarma, han llenado todo este siglo.

Vamos atrasados en más de cien años al progreso de Europa; ¿y quién es el culpable de esto más que el carlismo? Las revoluciones de los partidos liberales solo han durado cuarenta y ocho horas. Se han derribado aquí reyes y se les ha repuesto en el trono, sin que por ello sufrieran el comercio, la industria o la agricultura, ni experimentara el menor quebranto la vida económica del país. Las barricadas en la calle no han arruinado a nadie. Pero los carlistas, en vez de matar o morir por sus ideas en un levantamiento general y buscando a sus enemigos en el corazón de las ciudades tienen el sistema de la guerra interminable, del empobrecimiento nacional, de convertir a España en un cementerio para triunfar más cómodamente; y se echan al campo para destruir fábricas, volar puentes, cortar ferrocarriles, anular, en una palabra, las pocas obras que a costa de grandes esfuerzos ha podido realizar el menguado progreso de este país. Necesitamos para levantarnos y entrar en el camino de la regeneración el auxilio de los capitales extranjeros. ¿Y cómo vendrán a un país donde no existe seguridad para el trabajo y el negocio? Las minas de la provincia de Teruel, esperanza de tantos, quedarán aisladas si se aumentan las partidas. Bilbao, la primera ciudad industrial de España, está bajo la amenaza del carlismo. Los ferrocarriles en construcción paralizarán sus obras si esto sigue; quedarán sin trabajo miles de obreros, ¡y quién sabe si esas gavillas que se sublevarán, según dicen, por el «honor nacional», nos llevarán con una guerra larga a la intervención extranjera!

Cuando se contemplan las grandezas del progreso en Inglaterra, Alemania o Francia, y se ve hasta Italia muy por encima de nosotros, no se puede contener una

explosión de odio, considerando que nuestro atraso es la obra del carlismo que, con sus largas guerras, dificulta nuestro desarrollo económico.

Por amor a la libertad y a la regeneración del país, ¡todos contra el carlismo!

¿Que el gobierno tiene gran culpa de lo que ocurre?... Lo sabemos; pero cuando las boinas van por las montañas, no es hora de recriminaciones ni de lamentaciones.

¿Que combatiendo al carlismo damos fuerza a la actual dinastía? Pues entre dos males hay que escoger el menos grave, y no creo que fomentando con nuestra indiferencia el desarrollo de los carlistas nos cayera la República en la boca como una breva. Justamente ellos fueron los que aceleraron la muerte de nuestra República del 73: gobernando nosotros cometieron sus mayores crímenes y canalladas.

Contemplamos con la mayor satisfacción cuantas medidas toma el gobierno contra el carlismo, y lo único que sentimos es que al final incurrirá en pasteleos y comedias como todos los gobiernos de la Restauración.

Es una vergüenza que en los albores del siglo XX tengamos todavía que ocuparnos de esa gangrena nacional.

«Por el hierro y por el fuego».